

---

# Las estrategias de resistencia de las lenguas precolombinas en México

Laurent Aubage

---

¿Cómo han podido resistir las lenguas precolombinas de México durante cuatro siglos a la penetración del español, que se convirtió desde el instante mismo en que triunfan los conquistadores, en uno de los instrumentos de la colonización? No obstante, es alentador corroborar que aún existen cincuenta y seis lenguas precolombinas que ocupan el antiguo territorio de los mayas y los aztecas. Pensemos en las 124 lenguas amerindias que ocupaban esos mismos espacios antes de 1519, fecha en la que Cortés inicia la conquista de México.<sup>1</sup> En consecuencia, mirando retrospectivamente, las dimensiones del etnocidio lingüístico o de “glotofagia” —si podemos recoger el término de Calvet— son considerables.<sup>2</sup> Pero el hecho de que hayan sido necesarios casi cuatro siglos para liquidar solamente la mitad de las lenguas autóctonas nos hace pensar que sus locutores debieron adoptar medidas decisivas de resistencia para preservarlas de una muerte total. ¿Cuál ha sido y como sigue presentándose esta resistencia? ¿Se trata precisamente de resistencia, con todo lo que el fenómeno involucra: la voluntad deliberada de asumir el derecho a la existencia y de poner en juego todos los medios para defenderlo? ¿No se trata, por el contrario, de la simple supervivencia, que ha sido a su vez fruto de una inercia secular, o de la ineficacia de la lengua nacional para penetrar en todos los escondrijos donde se enroscan las lenguas minoritarias? ¿Cómo reconstruir y desplegar ante la mirada la vida de un proceso que aún no termina? ¿Dónde está el lugar de esa articulación entre la mera perseverancia en sobrevivir y la resistencia? ¿Encuentra su definición en las estrategias de política lingüística que parten de él? ¿Y en dónde encuentra su prolongación? Es posible desde ahora pensar que las reivindicaciones que levantan algunos grupos étnicos, exigiendo un lugar y una consideración a su diferencia lingüística prefiguran un trayecto que llevaría a la voluntad afirmada de sobrevivir y a la resistencia a transformarse en verdadera autogestión

<sup>1</sup> Las cifras fueron tomadas del libro *La política del lenguaje en México: de la Colonia a la Nación*, de Brice Heath S., SEP-INI, México. Se trata de un libro importante cuya lectura recomendamos para comprender la historia de la penetración del español en uno de los países de América Latina.

<sup>2</sup> L.J. Calvet, *Linguistique et Colonialisme. Petit Traité de Glottophagie*, Petite Bibliothèque Payot, París. (Hay traducción al castellano.)

lingüística. Algunos índices de elaboración de políticas lingüísticas autónomas, pensadas y labradas por los propios locutores de las lenguas dominadas, parecen demostrar que esa alternativa ha nacido ya.

### *I. La sobrevivencia o la estrategia de la muerte viviente*

¿Cómo puede la voluntad de sobrevivir constituirse en un recurso de política lingüística? Responder esta pregunta nos incita a buscar en las culturas precolombinas las actitudes que adoptaron ante la penetración de una lengua imperial. Estas actitudes surgen de una compleja habilidad a tal grado eficaz que ha permitido la conservación secular de las lenguas indígenas evitando el enfrentamiento directo con el español. Los locutores mesoamericanos reaccionaron reconociendo la fuerza de la imposición de la nueva lengua y le cedieron una parte de los espacios comunicativos que pretendía dominar. Contemporizaron con las relaciones de fuerza establecidas por la política lingüística de la colonia. De esta manera aceptaron el desplazamiento de una diglosia nahuatl otras lenguas indígenas (porque es preciso hacer notar que la situación lingüística precortesiana en México estaba también, de una u otra manera, atravesada por conflictos lingüísticos de cierta magnitud, puesto que el nahuatl servía como lengua franca tanto en las relaciones comerciales como en las relaciones de sumisión tributaria de los pueblos vencidos por los aztecas en diferentes conflictos guerreros) por la diglosia español/lenguas mexicanas —aún cuando el nahuatl siguió siendo durante largo tiempo la lengua intermediaria entre la lengua del nuevo conquistador y los otros locutores mesoamericanos, lo que le dio muchas veces el carácter de una pantalla protectora. Fue así como el espacio religioso del catolicismo y sobre todo el de las relaciones con la sociedad colonial recientemente aparecida fueron cubiertas poco a poco, en el dominio de la comunicación verbal, por el español. Pero es preciso subrayar que en ese preciso momento comienza la estrategia de la supervivencia, así como el acto de resistir. La concesión y el reconocimiento de los espacios de dominación no se llevan a cabo sin una cierta selección. En efecto, las culturas indígenas no cedieron todos los campos de la comunicación. Es verdad que perdieron aquellos que la lengua colonial quería forzosamente controlar para asegurar sus voluntades de hegemonía política, pero a cambio de eso pudieron salvar muchas otras. No abandonaron el de la comunicación familiar, el de la comunicación propia del poblado y el destinado a los intercambios comunitarios, el de la comunicación ritual y festiva, etcétera. La conservación de esos espacios parece responder a que era imprescindible salvarlos para no dejar morir la lengua materna. Es esta operación de salvaguarda lo que permitió al México contemporáneo contar con un patrimonio lingüístico precolombino tan rico. Sin embargo, es preciso denunciar la situación desfavorable, de desigualdad y de profundo desequilibrio que existe en la repartición de los espacios comunica-

tivos. Es grave que las lenguas amerindias hayan sido y continúen siendo desplazadas de las instancias de comunicación oficial. Ellas deben limitarse a los sectores casi por completo periféricos, de lo doméstico y lo afectivo, lo que las priva casi de todo peso institucional, aún cuando nos veamos llevados a reconocer la fuerza simbólica de identificación de estos sectores. Pero en este intercambio, a la vez cultural y lingüístico, que ha visto a la lengua dominante saturar el espacio oficial, y a las lenguas dominadas escapar bajo la línea de flotación de lo social, un nuevo *statu quo* ha surgido: ahí la lengua dominante estableció las fronteras de su dominación y ahí también las lenguas dominadas han podido mantener su existencia más acá y más allá de esas fronteras. Ese *statu quo* se articula en torno a una zona de paso donde se confrontan, aunque partiendo de posiciones radicalmente diferentes, una sincronía en la que lo dominante y lo dominado establecen su campo respectivo de existencia. El *statu quo* manifiesta las presencias incluso cuando estas se encuentran en desequilibrio, puesto que es evidente que el *statu quo* es sólo un equilibrio de coyuntura. Corresponde a la naturaleza del dominante querer dominarlo todo, pero también es absolutamente cierto que el dominado hará todo lo posible por consolidar los espacios de su resistencia. Ahí se sitúa la continuidad de aquello que se pone en juego para vivificar hasta este preciso momento la confrontación entre las lenguas indígenas y la lengua oficial de México. Desde este punto de vista, la historia sirve de ejemplo a un presente que no ha puesto en evidencia sus bordes.

Si fuera necesario abordar el fenómeno de la supervivencia con una mirada fenomenológica de las existencias que se han convertido en minoritarias, se lo podría calificar como el momento del recurso a la simulación. Es entonces cuando cobra todo su sentido la imagen de la muerte viviente.

Cuando los efectos que acompañan la aparición de un nuevo poder son demasiado fuertes, sobre todo cuando se trata de la fuerza avasallante y destructora de un poder colonial, quien lo sufre tiene varias formas de respuesta: puede someterse y aceptar entonces la pérdida de su identidad. Puede tratar de crear un *statu quo* entre él y el nuevo vencedor, intentando así salvar de la catástrofe lo que aún pueda salvarse con el fin de conservar los rasgos más o menos constitutivos de su personalidad profunda. Puede, finalmente, si tiene todavía los medios, oponer una resistencia tenaz al poder dominante para consolidar poco a poco la emergencia de un contrapoder. ¿Cuál de estas tres soluciones se ha podido adoptar en el caso de las lenguas y las culturas precolombinas? Por supuesto que no es la resistencia abierta: después de una derrota se pasa por fuerza largos años antes de poder aglutinarse en torno de un proyecto histórico original. ¿Será entonces la sumisión? Tal vez, por lo menos en los primeros decenios posteriores a la aplastante derrota militar. Pero la sumisión supone en el punto de arranque la hegemonía total de quien somete. Ahora bien, en México el proyecto colonial español no pudo alcanzar esta totalidad sobre el conjunto de los campos sociales, políticos, culturales y religiosos que él mismo creó. No pudo cubrir to-

dos los espacios donde habría debido ejercer su fuerza. Frente a esta incapacidad, abandonó algunos intersticios, dejó brechas, “regiones de refugio”<sup>3</sup>. En ellas se deslizaron las culturas y las lenguas autóctonas para protegerse y para sobrevivir. En esas “regiones de refugio”, pudieron por fin adoptar una primera actitud: convocar el olvido, obedecer en apariencia la voluntad del vencedor, simular una muerte progresiva. ¿Qué otro método podría emplearse para asegurar un mínimo de derechos a la propia existencia? Es preciso poner a cubierto esos raros latidos corporales. Es preciso ocultar esos latidos bajo la superficie de lo social para evitar el enfrentamiento directo. Es preciso jugar a la muerte viviente. Es preciso alentar la creencia de que se ha desaparecido incluso físicamente para que en esos lugares edificados del olvido, se pueda gozar de una tranquilidad reconstructiva que permita recobrar valor y acumular un nuevo “deseo de historia”<sup>4</sup>.

Así, la supervivencia no es nunca una dimisión, una renuncia, una actitud de pasividad inerte. Es por el contrario la fase preliminar de la resistencia, ese lugar del inicio, ese comienzo que por su propio impulso dialéctico, se convierte plenamente en el fenómeno en sí. Porque, pensándolo bien, no se designa a la resistencia, se la descubre.

La resistencia jamás dice su nombre.

La supervivencia es pues el germen de un contrapoder posible. ¿Dónde y cuándo se ve este poder edificarse construyéndose ya en una respuesta política a la dominación sufrida?

El contrapoder es en principio —como lo acabamos de ver— simulación de muerte. Después, corresponde a una espacialización social y cultural del poder dominante. Desde los lugares de formación del contrapoder se conceden o no los espacios donde deberá residir la lengua dominante. Y si es preciso cederlos por la fuerza, siempre existe el recurso de rodearlos o de encerrarlos con sólidas murallas. Los locutores de las lenguas precolombinas saben cómo construir esas murallas alrededor de los espacios concedidos a la lengua nacional. La rodean con el arraigo de los usos domésticos de la lengua materna. En una comunidad indígena retirada de la sociedad nacional, el español se manifiesta sólo por la presencia de islotes: el islote escolar (cuando se practica una educación monolingüe en lengua oficial), el islote sanitario (si la comunidad posee una clínica rural), el islote burocrático de Estado (cuando los representantes de los organismos gubernamentales vienen a desempeñar sus funciones en la comunidad). Pero todos estos islotes que, es cierto, constituyen la mayor parte de la vida institucional de la comunidad, son cercados por otro espacio de instituciones, incluso más fuertes. En este espacio se diluye el impacto de las instituciones externas. Concentra en sí todas las reservas internas de la comunidad. Está hecho de la más profunda identidad

<sup>3</sup>La expresión es del antropólogo mexicano Aguirre Beltrán. Cfr. Aguirre Beltrán, *Regiones de refugio*, Instituto Indigenista Interamericano, México.

<sup>4</sup>La expresión es de Alain Touraine.

étnica, de la memoria colectiva, de la organización política tradicional (sistema de cargos), de las formas de ayuda mutua tanto en el trabajo colectivo como en el privado; está hecho también de las cosmogonías y los sistemas religiosos, de las prácticas rituales y de las fiestas de la medicina tradicional, etcétera. Las lenguas indígenas encuentran en todos esos elementos su propio fundamento institucional. Quien olvide la presencia de esas contra instituciones (lo *contra* sólo se justifica al considerar la mirada del poder dominante y de la sociedad nacional, puesto que, para una comunidad, se trata de sus más auténticas instituciones) y se niegue a ver que su multiplicidad desborda el número de instituciones nacionales, será incapaz de comprender por qué las lenguas precolombinas se encuentran tan bien en todas aquellas regiones donde la economía nacional aún no ha hecho penetrar un capitalismo destructor de los rasgos originales de las culturas locales. Las relaciones de poder entre lenguas pueden ser descritas como la confrontación entre la tendencia a la homogeneidad cultural y la aparición aislada de corrientes contrarias que querrían alterar esta homogeneidad cultural. Contrariamente a lo que podría pensarse, las comunidades indígenas son las que poseen la homogeneidad cultural y son los vagos propósitos y los deseos desordenados de penetración de la sociedad nacional los que representan esta tendencia orientada a la desagregación. La homogeneidad cultural absorbe entonces las tendencias dislocadoras, no para asimilarlas y hacerlas desaparecer, sino para delimitarlas y rodearlas definiendo exactamente sus fronteras, porque es preciso no olvidar que la presencia de estos islotes externos es benéfica para la comunidad. Esto es verdadero para la lengua nacional que, al convertirse en manifestación de la comunidad, le permite poseer el código de comunicación verbal común al país, lo que evita la complicación de tener que recurrir, para aquellas relaciones orales que rebasan el ámbito de la región, a una lengua vernacular despreciada y marginal. La penetración se convierte entonces en una penetración consentida, elegida y alojada en la zona de los servicios que ella misma puede prestar sin por ello verse marcada por la exclusión. El contrapoder creado a partir de las lenguas precolombinas sigue entonces esta estrategia: rodea para aceptar lo que le conviene y para oponerse a lo que no le conviene. Es apertura hacia el exterior y selección para asimilar lo que es asimilable y lo que no involucra algún perjuicio a la identidad profunda. Ese contrapoder se construye en las modulaciones del silencio. No puede mostrar de manera impertinente su rostro para no recibir entonces las agresiones del poder que no puede admitir ser puesto en duda y relativizado.

## *II. Las lenguas precolombinas ante la autogestión lingüística*

Desde hace algunos años, los estados del sur de México han visto surgir una efervescencia que muestra una toma de conciencia respecto del peso de la identidad étnica. Los grupos precolombinos de regiones como las de

Chiapas, Oaxaca o Yucatán están en vías de revisar las medidas necesarias para defender sus culturas y para inscribir esta defensa en una visión no tributaria del pasado, sino todo lo contrario, arraigada profundamente en los cambios sociales y culturales contemporáneos del país. Todas las manifestaciones de la vida colectiva amerindia se recogen sistemáticamente para interrogarlas acerca de su grado de validez y de participación en el desarrollo actual de las comunidades étnicas. Surgen preguntas acerca de la eficacia y del sentido de conservar la organización social tradicional, las viejas prácticas médicas, el papel de los ancianos, etcétera. Entre todas estas preguntas, el factor lingüístico adquiere una relevancia cada día mayor. Se hace imperiosa la interrogación acerca de lo que es necesario hacer para no perder la lengua materna y para evitar que el bilingüismo sea factor de desplazamiento y de desequilibrio entre dos competencias lingüísticas diferentes. Se trata de encontrar los medios que respaldan los deseos de la lengua materna de reconquistar ciertos espacios comunicativos. Estas mismas preguntas y búsquedas impulsan a los elementos de supervivencia y resistencia hacia una acción deliberadamente consciente. Encontramos ahí los gérmenes de reapropiación de la planificación lingüística que impulsan a los actores étnicos contra o en una dirección distinta de la política del lenguaje del Estado y de las instituciones educativas indigenistas. Aparece entonces el punto de contacto en el que se presenta un paso que va de la resistencia a la autogestión lingüística. La narración de las medidas adoptadas por el grupo de los zapotecas en el estado de Oaxaca para defender su lengua es muy ilustrativo al respecto. Dos de estas medidas son un buen ejemplo de estos inicios de una autogestión lingüística propiamente étnica.

La primera evoca las experiencias de alfabetización bilingüe en zapoteco y en español que inició el gobierno municipal de Juchitán en el Istmo de Tehuantepec<sup>5</sup>. Después del poder asumido por la COCEI (Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo) se decidieron, y realizaron, dos campañas de alfabetización con los adultos que no sabían ni leer ni escribir. Esas campañas se llevaron a cabo de julio a noviembre de 1981, y de enero a abril de 1982. Fueron concebidas como prácticas de bilingüismo integral. Se tomó como lengua primera el zapoteco para el aprendizaje de la lectura y la escritura, y después se pasó al propio aprendizaje del español. Este trayecto transforma ya el de la educación bilingüe bicultural preconizado por el estado mexicano para las poblaciones amerindias y cuya filosofía declara abiertamente que la lengua materna sólo participa para asegurar un mejor pasaje al español. Esta enseñanza, que reposa sobre una lingüística contrastiva (y le

<sup>5</sup>La gestión municipal popular de Juchitán logró el acceso al poder el 10 de enero de 1981 y fue destruida por el Congreso local del estado de Oaxaca el 3 de agosto de 1983. Su programa se orientó hacia la satisfacción de las demandas populares, a la lucha por el respeto a la autonomía municipal, en favor del respeto al medio ecológico: tierras, bosques; en favor de la cultura popular zapoteca.

ofrece un primer mérito con toda justicia) sólo tiende a hacer la economía de las alteraciones provocadas por las interferencias entre dos sistemas de lengua distintos. No persigue la finalidad de enseñar la lengua materna por sí misma, por la visión del mundo que expresa y como síntesis de la cultura del pueblo que la habla.

Otra de las medidas que tomó la presidencia municipal de Juchitán y que tuvo efectos sobre las prácticas de autogestión lingüística, fue la creación de una estación de radio independiente, destinada a ser la voz de esta experiencia popular sofocada, marginada y reprimida en los circuitos oficiales de la comunicación de masas. Esta radio transmite toda una serie de programas culturales en zapoteco y funciona como un verdadero instrumento de unificación lingüística para todas las variantes dialectales del zapoteco del istmo por lo menos.

La segunda experiencia se está llevando a cabo. La realiza el Centro de educación y de cultura zapoteca de la región montañosa de la Sierra Madre oriental<sup>6</sup>. Se trata de una experiencia de enseñanza secundaria en lengua materna. Un grupo formado por lo que se podría denominar —según la fórmula de Gramsci— “intelectuales orgánicos” de las comunidades indígenas se preguntó cómo podría enseñarse las matemáticas, las ciencias sociales, la física, la biología y las ciencias naturales en zapoteco. Estos intelectuales se dieron la tarea de analizar su propia lengua con el objeto de descubrir las posibilidades que ofrece para poder hablar de las cosas de las que habla la lengua nacional. El proyecto fue rápidamente abandonado, por una carencia de medios lingüísticos y sobre todo porque seguía subordinando las posibilidades de expresión de la lengua materna a la lengua nacional. Pero este proyecto se convirtió en una experiencia interesantísima. Al preguntarse cuál era el estado de fragmentación dialectal del zapoteco de la Sierra y el grado de comprensión entre las variantes, este mismo grupo decidió recurrir al teatro para medir la amplitud de las variaciones y para dirigir sus acciones hacia la unificación. De esta forma, en estas actividades teatrales, este grupo escribe y monta sus piezas recurriendo al vocabulario que es perfectamente comprensible en toda la región. Las experiencias de intercomprensión en una escala geográfica amplia han sido convincentes. Deben todavía profundizarse. Gracias a ellos los obstáculos que se oponen a la comunicación en el interior de una misma etnia pueden ser en principio franqueados. Estas experiencias muestran, en todo caso, la vía para formular otras capacidades de gestión lingüística para los locutores de las lenguas dominadas. Ahí se fusionan en un solo principio coherente las tres etapas elegidas por las lenguas precolombinas para seguir estando presentes y muy vivas. Sin sobrevivir, la resistencia es imposible. Y en el deseo de autogestión la resistencia encuentra privilegiadamente su fórmula de florecimiento pleno. De esta manera, la su-

<sup>6</sup>“*Daxen nezua (Aún falta mucho)*”, avances sobre un proyecto de educación del Centro educativo cultural zapoteco, Unidad Regional de Oaxaca, DGCP-SEP, Oaxaca.

pervivencia se convierte para la autogestión en esa capa de tierra propicia donde las prácticas lingüísticas de conservación y defensa consiguen encontrar sus justificaciones, sus símbolos, sus raíces históricas y sus proyectos hacia el futuro.

*Traducción del francés: Raymundo Mier*